

RESEÑA

1.º Octubre de 1923 REVISTA URUGUAYA

Año II - No. 23

Año 2 - No. 23.

Montevideo, 1.º Octubre 1923

AÑO 2- No. 23 EJEMPLAR 05

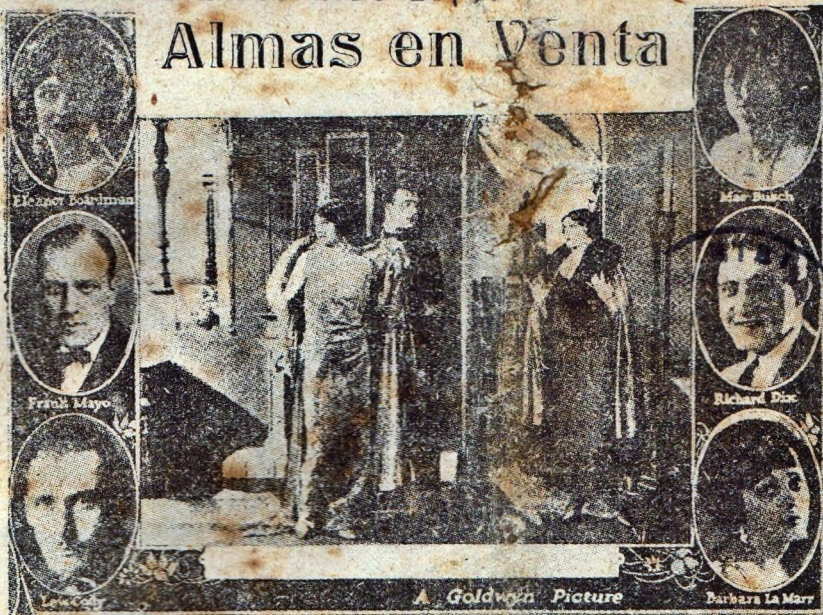
Oficinas: Yaro 1673.

«*Almas en Venta*» es Hollywood con todo su encanto y seducción. Lo que no alcanzamos a conocer en muchos años, transcurre ante nosotros en solo una hora inolvidable.

El drama que todas las estrellas han vivido. Un film que nos hace penetrar en la intimidad de nuestros artistas predilectos.

Frente a la tela blanca del Cine, se siembra un mundo desconocido, insondable, único. La vida y secreto de los muñecos vivientes de la farsa cinematográfica. Nuestros favoritos, sea la ac-

Almas en Venta



MARY PICKFORD



LEAH RABIN



KATHLEEN CLIFFORD



La farándula cinematográfica, desfila con todos sus secretos, sus penas, sus amores y sus lágrimas o risas, en la bella y real historia del film, *ALMAS EN VENTA* uno de los muchos acontecimientos que tendrán por escenario la suntuosa sala del Cine Rialto.

actriz o el actor, nos atraen, por el personaje que encarnan en la comedia que representan, y su modalidad su temperamento, le vamos descubriendo poco a poco, a medida que sus interpretaciones se repiten. Día llega, en que sin saberlo, nos parece un amigo a quien conocemos de targo tiempo, ¿Cómo pues no interesarnos por su vida, por sus costumbres, o por su historia?

Cada uno de esos intérpretes, no es por lo general un ser distinto, que la vulgaridad de los mortales.

El personaje del cinematógrafo, tiene «su corazoncito» como dice la copla; y por ende sus buenos y malos tragos también la vida del mundo de la pantalla está llena de múltiples y polieromáticos aspectos, y gentiles damoselas de hoy fueron dulces y melancólicas «medinets» de ayer, el galán por quien suspiran nuestras «chicas», al verle lucirse en las noches de estreno, del Rialto, Rex o Doré, no fué hasta hace mucho más que un modesto chauffer o cadete de oficina.

Y así, tras la invisible cortina compuesta de guirnalda de ilusión... está la cruda y verídica realidad de los hechos auténticos en vida y la historia o el romance de nuestros favoritos artistas de la pantalla.

Almas en Venta la película que se estrenará en breve en la aristocrática sala del «Rialto» tiene por objeto decifrar el secreto, de lo que ocultan de cierto la vida interna de las actrices del cinema.

Intervienen en esta magnífica superproducción del programa Goldwyn, presentada por la Sociedad General Cinematográfica, la formidable empresa alquiladora poseedora del New York Film Exchange, no menos de cien artistas, estrellas, de primera categoría.

Esto es el factor de intenso interés que despierta la obra.

Ver reunidos en un solo film a cien artistas, que cada uno de ellos representa todo un sello, de capacidad, interés y arte.

Véase sinó los nombres de las figuras que intervienen en el reparto, único, conocido con tanto valor artístico hasta la fecha.

Viola Dana, Betty Compson, Constance Talmadge, Douglas Fairbanks, Mary Pickford, Jack Pickford, Rodolfo Valentino, Monte Blue, Douglas McLean, Ben Turpin, Perla White y otros.

De la interpretación — está demás hablar—Bien sabe el lector lo que podrán hacer tanta belleza y talento artístico reunido.

Y como se ha dicho.

Ver *Almas en Venta* «equivale a escuchar las sorprendentes confidencias de un ingenioso observador para quien la vida del film no tiene cortinajes ni secretos.»

El público sabrá ser el mejor juez; sobre uno de los tantos estrenos, verdaderos estrenos, que la conceptuada empresa del «Rialto», ofrece al público Montevideano, en una de sus veladas más sinceras de buen gusto artístico y de brillante contorno social.

DNUH 6484C1

Frivolidades Femeninas

Caracas, Febrero de 1924. — Cuando un hombre que aprecia enamorado resuelve violentamente dar un esquinazo a la novia, haya o no causa que justifique la trascendental determinación, la defraudada mujer, comentando el hecho, dirá a sus amistades cuando éstas quieran saber lo ocurrido:

—¿Que por qué se acabó ésto? Pregúnteme por qué lo acabé yo... Traté de engañarme mucho tiempo, para convencerme, un poco tarde, de que Fulano no me convenía...

La mamá de la niña, de hallarse presente, agrega:

—Yo se lo había dicho a ésta... Fulano es un bandido...

Así suelen las mujeres adulterar la historia de los «rompimientos» en que ellas han sido pasivas víctimas. Se hacen protagonistas de carácter. Y es que, así como las derrotas en el campo de batalla arrojan una sombra sobre las presillas de los Mariscales, así también las calabazas sufridas dejan en torno a las mujeres un ambiente nada propicio a futuras conquistas amorosas.

La hembra se siente orgullosa del predominio innato que ejerce sobre el hombre. Fuera de la literatura, en el predio real y vulgar de la vida, no existen mujeres que languidezcan y mueran de amor. El ejemplo vivo de las Vírgenes prudentes de que hablan las santas escrituras no existe en los vericuetos del mundo moderno. La heroína de novela, victimada por un desengaño, llorando a solas, vagando por los jardines a la luz blanca de la luna, sometida voluntariamente a la huelga del hambre, es un condimento literario que cayó en desuso el siglo pasado. El triunfo definitivo de la literatura realista dió al traste con aquellos recursos artificiales del romanticismo.

Y aunque parezca paradójico, sólo existen hombres que mueren de amor... Cabezas débiles, desequilibrados sistemas nerviosos, temperamentos impetuosos que, ante la hora cruel de un desamor, con el valor estoico de la inconsciencia, van al suicidio, ingiriéndose una bárbara dosis de sublimado corrosivo, o guindando, al igual de péndulas, de una alcayata destinada a muy distintos fines...

Para las mujeres un rompimiento de relaciones es un mal rato; un trago amargo, sí, pero también pasajero.

Siempre que logren justificarse como *promotoras*. Por regla general el rompimiento obedece a una suplantación de afectos. ¿Qué mujer conviene en ser suplantada? Por evitarse este *chasco* las mujeres son capaces de ir al sacrificio.

Sabemos de mujeres abandonadas de sus maridos, a quienes aborrecen cordialmente; mujeres que en su vida conyugal sufrieron vejámenes de toda suerte. Y, no obstante, al insinuarles el divorcio como medida legal de liberación, exclaman, rabiosas:

—¿Divorciarme? ¿Cuándo!... Darle a ese bandido el gusto de que se vea libre para que se case con otra? Si es por eso precisamente, que no me divorcio!

Podríamos argüir:

—Pero bien, ¿y a usted qué le importa que vuelva o no casarse su marido, si para usted, moral y materialmente, no existe?

Entonces harán uso de otra argumentación, en la que priva un feroz egoísmo humano:

—No me divorcio, no... A mí me dió una vida perra de la cual sufro hoy las consecuencias en el abandono. Y voy a pagarle el mal que me ha hecho, el fracaso de mi dicha, permitiendo que se case con otra y a la mejor sea feliz.

Una mujer, amiga nuestra, en circunstancias análogas, nos ha expuesto otra razón íntima; la única razón que ha logrado convencernos.

—El divorcio es equitativo para el hombre solamente. El hombre, al casarse, nos da su libertad; el divorcio se la devuelve. Nosotras, al casarnos, damos al hombre nuestras primicias, lo que una sola vez se da en la vida... Acaso, ¿va a devolvérselas el divorcio?...

Federico León.

El corte irreprochable de su vestido, los adornos, las alhajas, son objeto por parte de Vd. de un minucioso examen, como mujer distinguida y elegante. Pero como mayor cuidado debe Vd. prestar a la buena conservación de su cutis, y ésta depende en gran parte, no lo olvide Vd., de la elección de un buen Polvo de Arroz y una delicada Agua Colonia, productos éstos que serán para su epidermis a la vez que caricia, belleza. La exquisitez de su cutis, su blancura y fragancia, su aspecto suave y terso, proclamarán entonces su buen gusto con más elocuencia, que el más lindo vestido. Use con confianza el Agua Colonia y Polvo de Arroz «Iosma Zayda» (Flores del Uruguay).

Una momia Peruana

Los italianos poseen en su Museo de Roma una rara colección de antigüedades americanas, de una época más remota que la de Colón y proveniente en su mayor parte del Perú y Méjico.

En esa colección hay diversos objetos a cual más valioso, por ejemplo: dos armas (also así como puñales) dos máscaras, un singular instrumento musical, una colección de vasos peruanos, en forma de raros animales algunos de ellos; algunos objetos trabajados en oro y plata, y por último, objetos de diversas formas tales como: sandalies, pequeñas bolsas de cuero, útiles domésticos, etcétera.

Pero no es esto lo que más valía, sino una momia de mujer, que debe datar del siglo XV y que a pesar de los cientos de años transcurridos se encuentra sobre todo la cabeza, en un perfecto estado de conservación, causando la más grande de las admiraciones en el ánimo de las muchas personas que concurren diariamente a visitar las salas del Museo citado.

En un examen:

—Diga, señorita, ¿qué es un terremoto?

—Un fenómeno que empieza moviéndose la tierra y que concluye por una fiesta de beneficencia.

El esposo: — Carmen, hoy por ser día de tu cumpleaños, te he comprado seis botellas de vino Jérez.

Ella: — Pero, hombre, ¿no sabes que el

doctor me prohibió el vino?

El: — No importa, me lo beberé yo a tu salud.

—¿No ha sido usted nunca víctima de un accidente de ferrocarril?

—Sí; a la que es hoy mi esposa la conocí en un tren.

En Londres hay 200.000 seres humanos que tienen que subsistir con mucho menos alimentos de los que requieren para las raciones de los presos, y 30.000 que no tienen hogar.

Las autoridades municipales de Varsovia han ordenado que todas las monedas de plata que hayan estado en circulación cierto tiempo, sean presentadas para su desinfección. Es singular el hecho de que nadie quiere luego las monedas limpias y brillantes. Los comerciantes y los empleados de los ferrocarriles y tramways las miran como falsas.

El peso de la atmósfera viene a dar una millonésima parte del peso del globo terrestres. Las aguas del mar no pescan sino 50 milésimas partes del planeta. Así, pues, suponiendo condensado el aire hasta que tuviera la densidad del agua, formaría un Océano veinte veces menor que el que baña nuestro mundo; pero cuya extensión, así y todo, sería doble que la de Europa, suponiéndose una profundidad igual a la medida de las de los mares o sea algo más de 4 kilómetros.

Animales ladrones. — La mayor parte de los animales son muy aficionados al robo, y lo más curioso es que todos ellos parecen comprender que el robar es un delito y se muestran avergonzados cuando se les sorprende con las manos en la masa. Los monos, sobre todo, prefieren robar una cosa antes que recibirla honradamente. Los elefantes también son verdaderos eleptómanos; en una casa de fieras, había uno al que se dejaba suelto por las noches, y robaba todas cuantas substancias comestibles encontraba al alcance de su trompa, incluso tabaco.

Conócese también el caso de una jirafa que, sacando el cuello por encima de la verja de su corral, se apropiaba por la noche del contenido de un puesto de dulces y refrescos que había al lado.

En algunas colecciones de fieras, se ha observado que si se dejan las escobas al alcance de los camellos, al día siguiente no quedan más que los palos; la paja ha pasado al estómago de aquellos rumiantes.

Una señora acude en busca de una sirvienta a una agencia de colocaciones.

—Sobre todo, dice, quiero una muchacha que no sea respondona.

—Pues, tengo lo que usted busca.

—¿Me garantiza usted que no contesta nunca?

—Sí, señora; ha sido telefonista.

En un entierro:

—¿Qué mala cabeza tenía el finado!

—¿Pertenece usted a la familia?

—No, señor; fuí su sombrerero.

Dos vecinos a un chico:

—¿Cómo se llama tu hermanito que nació el domingo?

—Descanso dominical —responde el muchacho después de una corta reflexión.

La pasta dentrífica «Iosma Zayda» (Flores del Uruguay), blanquea y conserva los dientes. Deja la boca fresca y perfumada.



Bien y harto sabida es la «costumbre», de que al sexo «femenino» se le debe llamar sexo «débil».

Nosotros, no sabemos donde reside la debilidad, ¡vaya uno a adivinarlo!, pero, eso sí, lo que sabemos, que resulta paradójal el llamarle sexo «débil», a un sexo que ha dado en repetidas oportunidades, pruebas bien contrarias a las que acredita el título de «débil».

—¿Que nó? — El lector no tiene más trabajo que hacer un poco de memoria, y tender en retroceso la mirada... No queremos largarnos averiguar en que oportunidades, la mujer actuó en carácter heroico, o tuvo rasgos que le acreditaron como dotada de fuerza masculina; no es necesario.

Vamos a recordar únicamente, los pasados sucesos huelguísticos-telefoneros, que son sólo una prueba acabada de la potencia del sexo «débil» cuando se pone «fuerte»...

Y precisamente, en los recientes «batifondos» huelguísticos que nos privaron por espacio de varios días, del placer de oír los «arrullos gorgélicos» de más de una simpática telefonista, han dado prueba, de que el sexo débil, es precisamente todo lo contrario. Bien que en las luchas entraron algunos pantalones, — de acuerdo — pero predominó y en «bochinche defensivo» el «sexo débil fuerte»... ¡Y triunfaron! Triunfaron, pese a las negativas, pese a la ovejas desearriadas, ¡claro! no les vamos a llamar... carneros!

De nada valieron los harañazos. Se unieron formando un sólido lazo de fraternal (unión-debut-fuerte), y así lucharon, sustentando snus ideales de mejoramiento del



jornal, hasta que lo consiguieron.

Bueno. Convengamos en que hay cada telefonista, con unos ojos... y un guapo cuerpecito, que le dan a uno «la comunicación, sin haberla pedido»...

El triunfo fué con ellas y fué justo. Pero habrá todavía, quien después de lo expuesto, continúe llamándole sexo débil?...

Y eso que no hemos citado a los distintos ejemplares, de «suegras», «esposas con pantalones», mujeres sin polleras y su dote etc.

Digamos ahora, una verdad, verdad pura, que se nos salta desde lo más hondo de la región de los «latidos» del «corazón». Y es, que nosotros nos alegramos mucho, pero más que mucho, muchísimo, requete más muchísimo, de que las simpáticas señoritas, de los

no tan simpáticos y ya descangallados aparatos telefónicos, hayan ganado la huelga. Y el aumento de sueldo. Eso es lo más sabroso, ¿verdad? ¡Bravo! ¡Os lo merecéis! ¡A disfrutarlo pues! Pero antes es necesario que nos prometan un poco de mejor servicio.

Conste, que no sotros, no queremos entrar



en discusiones con nadie! ¡Pero eso sí! Se nos ocurre que algunas gentiles personitas, podrían proponerle a la empresa, un programa, como el que se hace en «Estocolmo», que resulta que «es todo un colmo» de comodidad...

«Estocolmo» es el paraíso del teléfono. En dicha ciudad, la Central telefónica tiene un cuerpo especial de empleados, cuyo deber es satisfacer todo deseo posible de los abonados. «Si uno de éstos desea saber la hora oficial, no tiene más que llamar a la Central, desde donde se la darán exacta. Otro, al acostarse, pide: «Por favor, señorita, despiérteme a las seis y medio de la mañana», y al llegar la hora, una llamada del teléfono le despierta eficazmente. Los abogados y médicos informan a la Central por la noche las horas en que estarán en casa y fuera de casa al día siguiente, y ésta, a su vez, se encarga de avisar al respecto a todos los clientes que les llamen. Si la persona con quien uno desea conversar resulta estar ausente, se puede dejar el mensaje con la Central, y dicha persona lo recibirá al volver a casa.»

¿He? ¿Qué tal? A nosotros no nos parece mal, como en la zarzuela de marras; pero a Vd. ¿y los señores de la empresa? que cobran tan barata una instalación telefónica? ¿Qué opinan Vds. que se les ocurrirá?

A nosotros de nuevo se nos ocurre sin equivocarnos ni de diez cuerdas, que la empresa antes que parecerse en algo al «colmo» de «Esto» preferirán aumentarles a Vds. en triple el jornal ni huelga ni harañazos ni ná... Hagan la prueba...

UN mechoncito cada día... disminuye el pelo poco a poco, hasta convertirlo en una calceta insignificante. Una aplicación diaria, al tiempo de peinarse, del fortificante capilar «Iosma Zayda» (Flores del Uruguay), vigoriza la raíz del cabello, contiene su caída, limpia la cabeza de caspa de una manera radical, y perfuma deliciosamente, contribuyendo también el crecimiento del pelo.

Ya volverás...

Cumpliendo el insistente pedido de muchas de nuestras lectoras, publicamos hoy de nuevo, los sentidos versos, de la romántico y amorosa canción musicada por el maestro Dentre, a quien tantos éxitos y justicieros aplausos le repartirá.

Hermosos versos, a los que ha puesto una melodiosa y sentimental música el maestro Dentre.

I

Tenía tantas cosas que decirte!...
Llegó el momento cruel de tu partida,
Que fué como la noche de mi vida,
Que fué la iniciación de mi dolor,
Pues creí que fuera acasa para siempre
Que te ibas de mi lado y en mi encono,
Queriéndome vengar de un abandono
Nada quise decirse de mi amor!...

Anda no más...

Ya volverás

A pedir que te quiera como antes de tu tración
Y al volver otra vez a mi lado

Te extrañarás,

De que habiéndose amado de corazón

Te desprecie al extremo de otorgarte el per-
[dón...

Anda no más

Ya volverás!...

II

Vas buscando placeres y amoríos
Eres el mismo que la tierna alondra
Y la lleva a la red del cazador,
Y al sentir sus alas prisioneras
Sueña con las blanduras de su nido
Tú también prisionero del olvido
Soñarás con mis besos y mi amor!...

Anda no más

Ya volverás... etc.

III

Tenía tantas cosas que decirte
Tenía tantas cosas que contarte
Que vivía tan solo para amarte
Y que por ti alentaba nada más,
Mas un día cual rauda golondrina
Dejaste el nido de mi amor par irte...
Tenía tantas cosas que decirte...
Y nunca, nunca, nunca las sabrás!...

Anda no más,

Ya volverás, etc.

COMO AQUELLA OTRA

Sí, vecinita, tepuedes dar la mano,
esa mano que un día fuera hermosa,
con aquella otra eterna silenciosa
«que se cansara de aguardar en vano».

Tú también, como ella, acaso fuésti
la bondadosa amante, la primera,
de un estudiante pobre, aquel que era
un poco chacotón y un poco triste.

O no faltó el muchacho periodista
que allá en tus buenos tiempos de modista
en ocios melancólicos te amó

y que una fría noche y a lejana,
te dijo como siempre: «Hasta mañana»...
pero que no volvió.

Evaristo Carriego.





Visión

Melancólicamente,
al tornar el rebaño
en la tarde tranquila,
dilata en el ambiente,
sobre el paisaje hurano,
con un intermitente
sonido que hace daño,
su retintín la esquila.

Diríjense al paseo
los ciegos del hospicio,
seguidos de un hermano
que con leve siseo
va rezando el oficio,
mientras el parloteo
fatiga el eco vano.

El ala pasajera
de nuebecilla errante
proyecta sombra móvil
sobre la carretera,
por donde, resonante
aparece, en carrera
febril, como gigante
batacio, un automóvil.
Desconcierto provoca
en los niños su agudo
resollar repentino,
mientras que, visión loca,
pasa el «chauffer» peludo,
con sus aspecto de foca
o de buzo lanudo,
devorando el camino...

Los ciegos olfatean
la estela capitosa
de lmonstruo; la pupila
dilatantan; parpadean
con rapidez nerviosa...
y al fin quietos pasean
su noche misteriosa
por la tarde tranquila!

Amado Nervo.

Corazón

¡Oh, pobre corazón mío,
tan cansado de latir,
tan cansado de sangrar,
tan cansado de sufrir!

¡Corazón, sé siempre noble!
¡sé bueno! ¡sigue latiendo!
que yo te iré consolando
y tú me irás sosteniendo.

No revivas con tus sonos
glorias del tiempo de atrás:
campana que tú has tañido,
no volverá a sonar más.

Cansado corazón mío
que lloras sangre sin pausa,

perdona que yo haya sido
de tu cansancio la causa.

Llora, pero no descanses:
no duermas, corazón mío,
porque al sentir que te duermes
siento de la muerte el frío.

No palpites con pereza,
ni con premura tampoco,
que el que se retarda es necio,
y el que se apresura es loco.

¡Oh, pobre corazón mío,
tan cansado de latir,
tan cansado de sangrar,
tan cansado de sufrir!

Noble corazón, sé fuerte:
sigue latiendo sin pausa;
compadéceme, aunque soy
de tu cansancio la causa.

Lágrimas que devoré
y a tu sangre se mezclaron,
¡no fueron como el rocío
que tus penas refrescaron!

Tú eres mi depositario:
mi tesoro está en tu seno;
tú guardas cuanto hubo en mí
de generoso y de bueno:

Mis ensueños, mis nostalgias,
mis tristezas, mis dolores,
mi ambición, mis alegrías,
mis lágrimas, mis amores.

Despiertos siempre estuvimos
en el gozar y el sufrir:
no duermas, hermano mío,
porque me sieno morir.

De tí recibí el perfume
perenne de la esperanza
de una dicha, que se ansía
más cuanto menos se alcanza.

Sobre tí posó mi madre
su mejor beso de amor,
y al contacto de aquel beso
te abriste como una flor.

Sobre tí noches benditas
mi enamorada durmió,
y su retrato en tu seno
grabado y fijo dejó.

De la larga vida mía
no existe recuerdo en mí,
que no conserve y viva
guardado por siempre en tí.

Sobre tí vendrá la muerte
su helada mano a posar:
¡vigila, corazón mío!
¡no duermas, que va a llegar!

Pero sí el dolor te abruma,
si tu constancia se agota,
si tu esfuerzo, en vez de sangre,
tan sólo lágrimas brota...

¡Duerme en paz, corazón mío,
tan cansado de latir,
tan cansado de sangrar,
tan cansado de sufrir!

Leoncio Lasso de la Vega.

Las manos

Canten otros a las suaves manos femeninas;
de leche y de nácar, gráciles y finas,
flores de inacción y de refinamiento:
yo canto a las rudas manos masculinas
que abaten un muro o echan un cimiento.

Yo mantó las másculas manos creadoras
que esculpen la piedra o guían las proras,
que empuñan el hacha, la azada el timón...
o impulsan la usina y en las rugidoras
hornallas arrojan ríos de carbón.

Esas manos bendigo, callosas y fuertes.
Las bendigo activas, las bendigo inertes,
en las cortas treguas del combate duro,
manos que pulsaron, callosas y fuertes,
las terribles fuerzas del destino oscuro...

Sucias de trabajo, que es alba limpieza
vibran un reproche contra la pereza,
revoloteando en un constante afán,
¡son toda la vida y toda la belleza
porque hacen la estatua o amasan el pan!

Emilio Frugoni.

Anima en pena

El vibrar de los cenérrros, denunciaba a las
[tropillas,
Un galope resonaba por el gran camino real,
Y las aguas de larroyo relamían sus orillas
Deseubriendo los raigones retorcidos del sau-
[zal.

El crepúsculo extendía su amplia sombra
[en las cuchillas,
Una extraña voz llenaba de tristeza el pajonal,
Y flotaba como un velo transparente en las
[gramillas

La luz mala que venía desde el viejo cicutal.
Lanzó el perro de las casas un aullido lar-
[go...

Al punto,
Las mujeres angustiadas se acordaron del di-
[funto

Y los dedos señalaron en las frentes una cruz.
Mientras que la luna llena desgarrando el
[horizonte,

Enredaba en la alta copa de los árboles del
[monte

Una a una las hilachas impalpables de su luz.
Aníbal Marc. Giménez.

Ojos azules

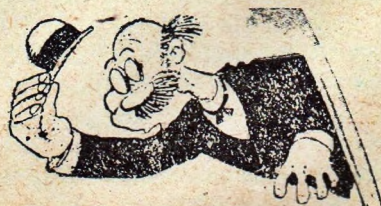
Si el espacio se encuentra obscuro y frío
del alto azul tras el ficticio velo,
tú que en los ojos tienes todo un cielo
tienes tras los ojos el vacío...

Tras el velo celeste, ¡oh amor mío!,
existe un Dios para el cristiano celo;
y los astros, sin fin, tienen el vuelo
donde el reino de Dios niega el impío...

Pero tú siempre con imbécil calma,
yerta al amor y yerta a los enojos,
inmóvil, muestras la arides de tu alma;

Y así detrás de tus pupilas bellas,
y así detrás de tus azules ojos
hay un cielo sin Dios y sin estrellas.

José Santos Chocano.



Pobres rosas humildes

El rosal está solitario, las rosas embalsaman el ambiente; hay rosas en racimos, en montones. Es una locura de rosas; rosas divinas, rosas orgullosas, rosas tímidas, rosas alegres, rosas melancólicas... es un delirio de rosas... el rosal, el suntuoso rosal de Palermo, con su pérgola romántica, con sus cenadores misteriosos y su poético lago, está solitario.

La noche es húmeda, corre el agua de los surtidores. Sobre el césped se desmenuzan también en polvo brillante las bocas de riego: todo es humedad, dulce frescura que invade el alma, que la hace estremecer de infinita suave melancolía. Y las rosas hablan su terno lenguaje de amor y hay suspiros y sonrisas en sus pétalos, y hay llanto y esperanzas y hay soberbias y hay crueldades, como en la vida de los hombres, en la efímera vida de las rosas.

Porque el rosal se me antoja un espejo en que miro almas de mujeres, las almas hermanas de las rosas... ¡Almas de mujeres!

Y pensando que las almas de mujeres y las almas de las rosas se comprenden entre sí, imagino que hablo con ellas y les cuento cuán desgraciadas son sus hermanas humildes, las rositas sencillas que crecen en una vieja lata de conservas, en un cajón cuyas maderas se deshacen carcomidas por el agua con que fueron regadas... Ellas no verán nunca de cerca a sus hermanitas felices... el rosal no se hizo para ellas; el rosal, la vida cómoda, los cuidados, los halagos... todo lo ignoran las rositas humildes... Y sus hermanas, las muchachas obreras, las que tienen por único horizonte la fábrica, también ignoran las dulzuras, las comodidades, los mil halagos que la vida tiene para la mujer de fortuna, para la rosa del rosal...

Y estremecido por la suave sensación de ternura que me embarga, recuerdo una historia sencilla, humilde, oscura, llena de melancolía que trae consigo la fatalidad, una historia que me hizo pensar en que aún hay mucho que hacer para llegar a la verdadera perfección del amor por nuestro prójimo.

La conocí cuando era pequeña. Era la primavera. Yo llevaba en la mano un gran ramo de rosas. Ella, con otras chicleas del barrio, graciosa y atrevida se acercó a mí.

—¿Me da una rosa, señor?

—Elige la que quieras — le contesté. Y tomó toda ruborizada una, la más modesta.

—¿Cómo te llamas?

—Rosita.

—Bien; entonces toma esta otra rosa.

Salió corriendo la niña con las dos flores, seguida de sus compañeritas, y desde entonces todos los días al salir o al volver a mi casa hallaba al paso a Rosita que me saludaba como a un viejo amigo.

Corrieron los años; la niña se convirtió en adolescente. Había tenido durante ese tiempo ocasión de tratar a la honrada familia de la chiclea, cuyo padre, obrero, apenas podía subvenir a las necesidades del hogar.

Un día llegó la niña a mi casa, pálida, nerviosa, con los ojos amoratados de llorar.

—¿Qué tienes, criatura? ¿Qué te pasa?

—Señor, vengo a que me ampare, soy muy desgraciada; y se echó a llorar.

La animé afectuosamente a que me contara su pena. El padre se le había pegado porque ella se rehusaba a ir a trabajar en la fábrica.

—El patrón me ha dicho que no me puede aumentar el sueldo, pero que tú ya eres gran-

de y que aprendiendo el oficio nos puedes ayudar. Ya basta de ser señorita, tiene dieciséis años y debes trabajar — había argumentado el padre.

—¡Pero si trabajo, padre; si coso y plancho cuanto puedo!

—Eso no es suficiente, hay que aprender el oficio y mañana vendrás conmigo a la fábrica.

—Y mañana tendré que ir, señor, y yo no quiero ir... ¡Por Dios, ampareme, defiéndame, no puedo ir!

Lloraba con tanta angustia la pobre Rosita, que inquirí nuevamente:

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Por qué esa obstinación en no querer aprender un oficio?

—No es eso, señor; es que yo sé, porque aquellas compañeritas que jugaban conmigo fueron a trabajar a la fábrica, que en ella no se puede ser honrada... El patrón, los hijos del patrón, los empleados superiores, los capataces... cada uno elige lo que le conviene y pobre de aquella que no se rinde a la voluntad de los patrones... Y yo quiero ser buena señor; yo no quiero que por mi causa lo echen luego a mi padre, si no acato la costumbre establecida... ¡Defiéndame, señor!

¡Pobre Rosita! Felizmente, pude proporcionarle un trabajo honesto y no fué a la fábrica, pero... ¿y todas las otras que van?...

Hay inspección del trabajo, hay leyes que reglamentan el trabajo de la mujer, hay mucho bueno hecho ya; pero... ¿ha pensado alguien en el infame abuso que al amparo de nombres honorables comercialmente hacen los fuertes en detrimento de los débiles? ¿Ha pensado alguien en la inspección moral de las fábricas y talleres?

¡Pobres rosas humildes! ¡Cuán lejos estamos todavía de saber defenderlos!

El rosal está silencioso, corre mansamente el agua de los surtidores, y no sé si la humedad de la noche o mis pensamientos melancólicos me han dado frío... Cerca de mí, una rosa Mad. Gertrude se yergue altanera... y abajo en el borde del camino, junto a mi banco, racimos de rositas enanas rojas parecen decirme: —También nosotros somos humildes, pero las grandes nos protegen...

Luis Mercer.

William S. Hart

La historia de mi vida

«Treinta y ocho páginas contiene la acción de este film que debo estudiar, — nos dijo Mr. Hart, cuando fué impuesto del objeto de nuestra visita, — pero estas treinta y ocho páginas multiplicadas por cien no bastarían para expresar toda la existencia del hombre que como yo ha sufrido mucho y ha vivido tan intensamente que puede decir que ha vivido dos veces.»

¡Asombroso! pensamos al contemplar este prodigio de vitalidad en este hombre que confiesa haber vivido tan intensamente su intrincada existencia. No lo demuestran ciertamente sus arrugas que así haya pasado su resistencia el hombre, pues la impresión de energía y virilidad que respira su presencia convence al más escéptico que William S. Hart se encuentra en la plenitud de sus fuerzas y que todavía para placer de su legión de admiradores producirá las colosales páginas vivientes de la cinematografía actual.

Mr. William vive en su pequeño verde «room» en su estudio de Hollywood su existencia cinematográfica. Con extraordinario entusiasmo nos invitó a pasar dentro de éste, mostrándonos su valiosa colección de armas variadas, lazos, aperos y demás implementos propios de los cowboy.

Inmensidad de oleografías de sus caballos favoritos, sus anchos sombreros, sus lujosos rigores maltratan mi cuerpo allí he de realizar mi sueño dorado. Y aunque la falta de agua es otra de las inclemencias de esta inhospitalaria tierra y que será algún día sancada por la irrigación, la haga más cruel, yo siempre tenderé la mirada hacia esa dorada arcadia de mis ensueños.

«Y si eso no fuera posible» — dijimos.

«¡Oh! ¡Sí! Asolutamente — nos contestó en seguida. — Eso es lo más grandioso de mi aspiración. Mi vida está en las pampas y a las pampas he de volver. En ellas he nacido y vivido y en ellas he de morir.»

Su vida de cowboy iniciada en la India, en las fronteras y entre los búfalos, le han dejado, dice, la impresión de sentirse un extranjero fuera de lo que para él representa todo su campo de acción: el Oeste.

Su sensitiva y expresiva faz demuestra eloquentemente cómo se puede apreciar el amor de este gran hombre por el campo.

Interesante sería conocer y considerar qué influencias extrañas pueden haberse combinado para hacer de este hombre lo que es. El caso de William Hart se presenta digno de estudio. Su figura, invariablemente tosca, inspira realmente temor y respeto. Y pensamos que con la natural reserva y discreción que debe caracterizar a un buen cronista, no nos será difícil levantar una punta del misterio que rodea a este enigmático y sugestivo rey de los cowboys.

Y de nuestros labios sale la pregunta:

«¿Qué es, William, lo que ha tenido mayor influencia en su vida?»

«Son tres cosas — nos contesta prontamente Mr. Hart — mi padre, el Oeste y las pampas indianas. Mi mujer, que no menciono, ha sido precisamente de mi hechura y semejanza.»

«Y digo mi padre en primer lugar porque supongamos que él hubiera seguido en la iglesia de su pequeño pueblo — el padre de William era inglés — ¿hubiera llegado yo a conocer las praderas de Dakota?... Por eso a él debo el conocimiento de mi amada tierra y así aprendí a conocerla y a respirar su vivificante atmósfera y su energía de las pampas.

«Mi sueño dorado, el día en que el público que me ha hecho su ídolo se canse de mí — que llegará algún día, ese día — será retirarme a descansar en un rancho aislado en mi amada tierra.

«Absolutamente — replica enfáticamente Mr. Hart. — No es que yo no haya sabido apreciar la popularidad que me rodea. No. La comprendo, pero no la creo una razón que me haga desistir de mis propósitos. Cuando un hombre ha puesto verdaderas dosis de energías y hasta las ha derrochado en su trabajo por más de veinte años seguidos, llega a la íntima convicción de que no podrá superarse más y por eso tiene derecho al retiro. Y aunque yo no esté todavía cansado de esta vida debo rendir un culto a lo que yo represento: el viril Oeste. El me ha dado fama y fortuna y debo corresponderle muriendo en mi ley. Mis planes del futuro han de llevarse a cabo y en mi rancho, en ese vasto desierto que clama por los beneficios de la irrigación moderna, tendré de mi real hogar, mis alegrías y mis penas.»



¡Dame tiempo, hermano!

Indalecio y Juan Antonio eran como chanchos.

En el concepto gaucha, esto quiere decir que se revolcaban juntos, se rascaban mutuamente y relinchaban a tiempo.

Es posible que mucha gente entienda tanto antes como después de la explicación; y entonces será mejor que no siga leyendo, porque tampoco sabrá explicarse el conflicto psicológico que se plantea en estas páginas.

¡Bueno! Indalecio y Juan Antonio eran como chanchos. Peones en la misma estancia, obreros en la misma labor, durante años habían recibido la platita del patrón y los rezongos de la patrona. Juntos se habían achicharrado en los estíos y se habían helado en los inviernos lluviosos y habían dormido juntos, muchísimas veces a campo raso, rondando novillos en las lomas, o hachando coronillas en el bosque; y otras muchísimas habían dormido en el fondo del galpón, sobre cueros de vacunos o sobre fardos de lana, cuerpo contra cuerpo, poncho sobre poncho. En fin, eran como chanchos.

Juan Antonio era huérfano; huérfano como uno de esos talas que nacen entre las piedras sin que nadie los plante.

Indalecio era huérfano, asemejándose en su origen al de esos ombúes brotados en las cuchillas como por milagro, sin que ninguna mano humana hubiese cavado un hoyo y depositado una simiente.

Ambos eran *gauchos*; pero con una diferencia: el ombú es siempre solitario, hijo único de un viento vagabundo o de un tordo homemio. Los talas, en cambio proceden de ovarios prolíferos y generalmente crecen en catterva.

Así, mientras Indalecio era solo como el lucero, Juan Antonio tenía tres hermanos. Los hermanos andaban desparramados por ahí, pero Benita se había criado de peona en la estancia.

Benita era una criolla sabrosa como el puchero de cola; ni alta ni baja, ni gorda ni flaca. Linda, no, pero con tremendos ojos llenos de malicia y con gruesos y rojos labios rebosantes de ansias sensuales.

La íntima amistad de los dos mozos, trajo como consecuencia la de Indalecio con Benita. La cosa empezó jugando. Un día le dijo:

—¿A que te doy un beso?

—¡Sosegate, loco! — replicó ella, luchando; pero Indalecio la besó no más. Primero la besó en la boca, haciéndola enrojecer; luego la besó en el cuello y entonces ella rió y escapó, simulando cólera.

De allí en adelante... el proceso amoroso siguió el invariable itinerario. Y llegó un día en que Juan Antonio, mateando a solas con Indalecio, le dijo:

—Hermano: yo sé tu enriedo con Benita y comprendés que hay que arreglarlo decentemente.

—¿Cómo? — tartamudeó Indalecio. Y el otro, con la voz pausada y sonora de un martillo que golpea un hierro, replicó:

—¿Cómo?... Cuando se ha trenzado un lazo, pa que sea lazo, hay que armar la presilla... ¿No es razón?...

—De juro.

—¿Cuándo querés casarte?

—Yo no sé... Vos sabés que yo... En fin: ¡dame tiempo, hermano!...

—¡Seguro que te doy tiempo!... Si te he hablao ansina es porque no se clava un poste sin cavar el agujero... ¿No es?...

—Ansina es.

Y por espacio de un mes, Indalecio y Juan Antonio siguieron siendo como chanchos, sin

mentar más el asunto, porque el segundo no tuvo un instante de duda sobre la sinceridad de su amigo. Pero vino a suceder que, otro mes pasado, Juan Antonio supo que Indalecio se había arreglado, reservadamente, para ir de puestero a una estrancia riograndense. Entonces, lo llamó, fueron juntos hasta el cañadón vecino, se sentaron en unas piedras. El sacó la tabaquera, armó un cigarrillo y pasó la guayaba a Indalecio. Acto continuo dijo:

Hermano: las partidas han terminao y es necesario largar... ¿Te casás o ne casás?...

—¡Pero dame tiempo, hermano!...

—Sí, — respondió Juan Antonio; — te doy todo el tiempo que dure el cigarro que estoy pitando pa que resolvás lo que tu consencia t'endique. Si es quesí... más amigos que nunca. Si es que no... te albierto que te priendo juego sin aseó... Pensá...

Indalecio tuvo un gesto de rebeldía, pero se contuvo. Meditó un momento y habló:

—Vea, hermano: yo no la quiero a Benita y no es dino acollararse con hembra que no se quiere... Esto es la verdá, resuelva...

—Yo resuelvo — contestó gravemente el amigo — matarte.

—¿Ansina, como a un perro, sin darme tiempo a defenderme?

—Ansina.

Indalecio meditó unos segundos; luego dijo resueltamente:

—Yo no la quiero a Benita; pero, aura, aunque la quisiera, no me casaría con ella, porque vos serías el primero a despreciarme, creyendo que había condecendido de miedo... Prefiero que me matés a que me despresies...

—Yo también lo prefiero, — respondió sombríamente Juan Antonio. — ¿Ultima palabra?...

—Un gaucha no tiene dos.

—Dios te perdone, hermano.

Sonó un tiro y un hombre cayó muerto.

Javier de Viana.

DESPUES de un día de trabajo o de ejercicios para eliminar el cansancio, dése Vd. unas buenas fricciones de Agua Colonia «Ioma Zayda» (Flores del Uruguay). Tonifica los nervios, da vigor y elasticidad a los músculos. Limpia, refresca y suaviza la piel. Absorbe la grasa y abre los polos cutáneos, favoreciendo su respiración y actividad. Después de una buena fricción se siente uno rejuvenecido.

¡Per sunsa!...

—¡Carliton!... T'he dicho qui tenés di purtá inseguida do coartilla di carbón foerte, d'il doctor de la goelta. En andá súbito, ¡eh!... ¡Nu me lo agués repetí, porque te voy rumpé á facha! ¡Sensa vergoña, pelandra!...

—¡buen día, doña Teresa!

—... ¡turrante, ragán!...

—¡Jesús, si parece sirena é manisero por lo chillona!... ¿Qué le pasa?... ¡vamos a ver!...

—Ma que mi va pasá, sinó qu'este breca-neca no sirve má que de andarse todo il día in la calle, per acuntarse con todo lu turrante é cumpedrito d'il barrio... per eugá lo cobres... é nun quiere trabacá!... ¡Figuesé in poco!

—Déjelo, señora... de todos modos es muchacho.

—¡E sí, déquelo!... Il señorito di farra sempre, é mí haciendo la burra per darle ropa bona... prata per eugá... l'armuerso, é...

—¡No le creiga, vesina!... ¡Si de visio se queja!...

—¡Te vas decá de eugá cul gato, pelandra! Enllename prunto la bursa que te dique é purtarla d'il dootr, que será más mecor, ¡eh!...

—Ve, por eso pa mí no hay como las hijas mujeres: no dan tanto que hacer... son más trabajadoras... más juisiosas... Si usté las manda se van lo más...

—E sí; se van... se van... E sensa mandarlas se van, cun lo primero cumpedrito qui las namora cun lo remito di flores, é qui las sunsaca cun sos palabritas durces que li canta inta l'orecas!... ¡Oh, si l'ai visto mí!... E sinú afíquese de mi hica la Rosina... Erra trabacadora... boena... é cuisiosa cume esté dice; eso sí, ¡eh!... Ma però, s' disparó lo mecor día, cun l'hico mayor d'il gasista dun Tumá. Con esto: ¡osté es goena de disir que las mechachas son más mecores?...

—Muchas veses...

—¡Oh, nunca, nunca!... Sempre que mi cuerdo m'enlleno de rabio é d'indinasiún per dos días, ¡sabe!... E coando vas á salí, Carliton?... ¡eh?... ¿Qué tené d'iscochá vos?... ¿Te se importa argo?...

—¿Y no ve que pesa mucho? ¡Yo solo no puedo cargarme la bolsa!

—¡E sí, ma però...

—¡Basta, doña Teresa!... ¡Vení cachafás que te ayudo!... ¡Up!... ¡Up!... ¡Ya está!... ¿No ve, señora qu'el muchacho es chico todavía?

¡Esh!... ¡Chico... chico!... ¡Ma para hacer el pelandrón non lé chico, no!... E vení presto, ¡eh!... ¡Ah, dispense, marchanta!... ¿Coanto va portá in esa canastra?

—Veinte sentavos. Y del bueno, ¡eh! No me vaya á embroyar como días pasados, que me vendió paja por carbón. No me alcansó hasta la noche.

—¡Oh!... ¡Stá tan caro ahorra!... E á fin de mes, nos aumentan de quince sentavos en borsa.

—Bueno, bueno. No le mesquine tanto a la canasta y siga con lo qu'estaba contaudo.

—¡Ah! E verdá. Boeno; mi Rosina teniba boenos festecantes, ¡eh!... No es por decir. E uno de esos erra dun Cusé, ese marsenero rubio, medio bisco del oco derrecho, qui csaba pantalón de coadritos é que teniba l'armasén de la Luna. ¿Se rikoerda?... ¿No?... ¿Ese qu'istaba in lo cristianamiento é lo baile que dió mi coñao Batista... harrá... harrá... do mese...

—Ah, sí... Ya caigo. ¿Y?

—Bueno. Este tanta vese le habló a la me-chacha de sos ocos negros... de so coerpito... ¡eh! ¡sabe!... de esas sunserrias que disen los hombres parra haser los novios.

—¿Y?

—E la sunsa... nada. S'inamorró d'il cumpedrito, ese de linda fachada, má de bursillovasio. ¡é si foé!... Oh, si l'hobuise gostado l'otro... é si se casaba, ibamo bien ¿no le parrese?

—¿Cómo no!... ¡Ya lo creo!...

—Nosotro vendíamo la carbuterría, grandábamo lo boliche del bisco, decábamo la carbutunilla, é sobíamo de categoría. Ma porque no se crea, ¡eh!... ¡Negosio per negosio!... Però... la quente nos mirraría de otro modo ¡sabe!...

—Tiene usté mucha filosofía, doña Teresa.

—No, vesina; lo que guené mí, es mucha rasún propiamente.

—Bueno, yo tengo mucho que haser. Apunte esto con lo que debo. Uno de estos días voy a pasar para liquidar ¡eh!... Adiós.

—E sí, como no, Adío...

¡Oh!... Otrra qui porta charla, ma qui non porta prata. Ma en fin... que vamos hasé... ¡pasensa!...

J. M. PINTOS.



POR PINOCHO

Días pasados fué internado, en uno de nuestros sanatorios mentales, un hombre joven. Al despojarse de sus ropas, se le hallaron los siguientes originales, que hoy damos a publicidad. Como se verá, nuestro joven loco, dice en sus escritos, cosas que parecen de un cuerdo atacado de «loca sinceridad».

La Caridad. — Es la obra más hermosa que el ser humano puede sentir para sus semejantes; cuando ese sentir, lo inspira, el más alto concepto de hacer el «bien» nada más que por lo que vale el mismo bien. Pero se traduce en la obra más odiosa, cuando se realiza escudada en el afán de figuración; de renombre filantrópico; de popularidad social a base de «reclame imprenteril». Y absolutamente repudiable y condenable, cuando se hace aparecer en público el nombre o la persona a quien se ha de «proteger» por el manto de la falsa «caridad»...

El Cabaret. — Lugar que llaman de gran alegría. Y si falta el «whisky» o el «pipermint» se aburre todo el mundo; hasta el traficante, que lo odia y explota. Los personajes formados en ese ambiente, no pueden, no saben reírse. El drama que llevan en su interior, les domina tanto que no les permite disimular su enorme tristeza.

Sobre amor. — Ama mucho, ama intensamente y sobre todas las cosas. Pon siempre amor, aunque sea un poco de amor, en todos los hechos de tu vida.

Amor, fuerza invisible que empuja el carro de nuestra existencia. Petróleo que alimenta de continuo la llamarada de luz que deberá alumbrarnos todos los caminos de nuestra vida.

El amor como el veneno, para que tenga más efecto, lo suministran en pequeñas dosis.

La alegría del recuerdo. — ¡Oh bella flor de mágicos perfumes! Hay en cada uno de tus sonrosados pétalos el recuerdo de una ilusión que hoy llora entristecida el alma mía.

¡Tiempos pasados! ¡Aventuras de amor! ¡Ilusiones muertas! ¡Recuerdos tan hermosos! ¡Oh bella rosa de mágicos perfumes: traes a mi espíritu la alegría del recuerdo!...

Consejo. — Es en verdad un sadio consejo, el que nos da Van Dick, a propósito de las ofensas que pueden inquirirnos.

Aconseja, y con buen ajustado criterio de observación sobre las bajezas del espíritu de ciertas personas «hacer por elevar tanto nues-

tra alma, hasta que la ofensa no pueda nunca llegar a ella».

Y así se puede parangonarse el brillo esplendoroso del triunfo de la superioridad de un alma, contra el profundo apagado desprecio que sólo se ha labrado el ofensor.

Goal. — Puede asegurarse, sin temor a errores, que la vida es un continuo partido de football, en la que todos ansiamos hacer «goal».

Unos lo conciben, llegando a poseer cuantiosas fortunas; otras hallando la felicidad en la honradez y en el bien.

¿Para cuál de los dos se necesita ser mejor jugador?

Anónimo. — Arma que sólo saben «esgrimir» los «cobardes» o los «vencidos».

Política. — Una cosa es la que «todos» prometen «mucho» y en la que «muchos» no dan «nada».

Justicia. — Algo que los hombres sueñan pesar a su completo antojo y de distinta manera, siendo elegida por unos, la balanza «del estómago», por otros la del «bolsillo» y por casi ninguna, la balanza de su «conciencia».

Proyectar. — Es muy fácil proyectar, cuando la obra deben realizarla otros.

Judas. — Conozco católicos que —aunque ocultarlo quieren— representan ser el prototipo del Judas Icanote sobre la tierra. Conozco a Judas que no niegan lo que son. De ahí, que merecen mejor concepto que el católico hipócrita. Estos dan pena. Los primeros dan asco.

Desnudeces. — Creo que merece más disculpas la mujer que se exhibe desnuda en el teatro, que la que se muestra a medio desnudarse en las grandes fiestas mundanas, de la actual sociedad. La primera es franca. La segunda es falsa. Bajo ese aparente cumplimiento con el requisito de una moda o costumbre de absurda etiqueta, ofrécese al deseo de la carne, como una cortesana. La decencia, debe ser en toda época y lugar una sola moda: la decente.

Junta con la pérdida de la ropa, la mujer moderna ha ido perdiendo paulatinamente el pudor... y la vergüenza...

Imitar. — Muchos creyentes dicen que imitan en sus actos a Jesús. Yo les observo, y jurar puedo, que no sólo no lo imitan, sino que denigran, la Santa memoria del Super Hombre Redentor.

¿Sacrificio? — Hay quien construye obras, a base de pechazos, y luego se equivocan y dicen a base de sacrificios. Vaya una forma infantil de cambiarle el significado a las palabras. Confundir «pechazo» con «sacrificio».

Para los cínicos, la bondad, es sinónimo de zoncera.

Para los zonzos, los cínicos no pasan de «graciosos».

Champagne-caña. — La única diferencia que existe entre la borrachera de un rico y la de un pobre, es la que va en el precio del líquido ingerido. Del champagne a la caña, por ejemplo. De lo contrario, son igualmente degenerados borrachos el uno y el otro. Salvo para nuestra «sociedad» distinguida, que llama «gracioso» y «divertido» al burgués del champagne, y desgraciado o asqueroso al obrero de la caña. ¿Delicado el «olfato» de nuestro mundo «bien» ¿eh? ¡Oh! el poder de la muralla de oro!

Verdad amarga. — Se termina pronto un edificio, que materialmente causa la admiración de muchos. Mas, observado con criterio de personas sinceramente decentes, a ese edificio de los muchos pisos, con rascacielo y todo, se le debiera mirar con asco; es el producto del juego, o lo que es igual, el precio de muchas honras, el dolor de muchos hogares, el hambre de muchos niños... En una palabra: es «la casa del vicio». Y pensar que hacen falta colegios y bibliotecas populares, y escuelas industriales! Es una vergüenza. Deberían derrumbarla!

DEL CEMENTERIO

DE LOS RECUERDOS

¡Tiempos pasados! Paisajes de nuestra existencia que vamos dejando atrás en el vertiginoso viaje del ferrocarril humano, a través del continente de la vida, y que observamos, asomándonos un segundo a la ventanilla del corazón.

Estoy frente al cajón de mis recuerdos... Se asemeja a un cementerio. Encierra tantas cosas que fueron! Cartas, muchas cartas. Flores, que han sido de preciosa aroma. Tarjetas, con citas urgentes, promisoras de horas de divinos placeres amorosos... Cajas, bolsas, estuches, que contuvieron bombones, perfumes, obsequios... Un sin fin de pavaditas, que en aquellas sus oportunidades pasadas tuvieron para mí, el valor de un gran tesoro, y que hoy yacen relegadas, casi al olvido. Cierro los ojos, y creo que reviven en mí las bellas horas pasadas... en brazos del ensueño amoroso recordando a la divina novia de los 15 años, la chica de los rizos de seda...

Y como si las perlas de un collar roto, se disgregaran entre mis manos, siguen luego otros tiempos. Las citas, las aventuras, las angustias primero, y la felicidad luego, al esperar y recibir una carta de la amada... Y aparecen en mi mente, figuras y nombres que ocuparon páginas de mi vida... Pienso que distante estoy hoy de todo eso, y un arrebatado de sinceridad fuertemente dominador me hace reaccionar... Es el recuerdo de mi amada de hoy.

La mujer que se adora a los 30 años, y que puede decirse, ha ganado la «batalla» de mi corazón a todas las «otras», que han desfilado por mí durante mi vida, y que en este segundo he revivido ante el «cementerio de mis recuerdos»... No puedo contenerme... y depongo ante mis amores y aventuras pasadas, el tributo del recuerdo, mientras arrojo el íntegro contenido del cajón central de mi escritorio al fuego que se «duerme en el rincón de mi alcoba de soltero». El concluir triste de papeles y flores secas, aporta un crispoteo que se me ocurre algo así como un ¡adiós! doloroso que me envían los ojos que he admirado y las bocas que besé apasionadamente en otra... Mientras sobre mi mesa, el retrato de mi amada de hoy y... de toda mi vida futura mi amada de hoy y... de toda mi vida...

TOS - ASMA - BRONQUITIS

Se cura radicalmente con

"BRONQUIOL"

Del Dr. RAMPINI

Especialista en las enfermedades de las vías respiratorias, aprobado por el Consejo Nacional de Higiene.—Venta en todas las Farmacias y Droguerías.—Un solo frasco cura la Tos.

Estas simpáticas chicas

Entusiastas partidarias de los deportes, son también convencidas partidarias del Agua Colonia «Iosma Zayda» (Flores del Uruguay). Conocen la deliciosa sensación de bienestar y frescura que proporciona después de las violencias del ejercicio físico, unas buenas fricciones con esta exquisita Agua de Colonia. Es un eficaz estimulante de la energía física. Tonifica los nervios y da a los músculos agilidad y vigor.



UNA caricia suave y deliciosa como el contuto del armiño, es la sensación que produce sobre el cutis, el frescor del inconfundible perfume del Agua - Colonia «Iosma Zayda» (Flores del Uruguay)

CINE RIALTO

18 de Julio y Paraguay

ALMAS EN VENTA

Superproducción de Goldwyn

Escrita y dirigida por
Ruyér Hugés

Ney York Film Exchange - Sdad. Gral. Cinematográfica

El más grandioso suceso
de la temporada

Vea a 100 afamadas estrellas del arte mudo reunidas en una sola grandiosa película